



Hijas e hijos de Domingo hacen teología juntos¹

Wojciech Giertych, O.P. (Polonia)

Hubo un tiempo en que parecía que una mujer no podría ser doctora de la Iglesia. Felizmente hemos salido de ese periodo y nos estamos haciendo cada vez más conscientes del enfoque específicamente femenino a los divinos misterios, que es un gran servicio y un gran don para la Iglesia. Quiero interpretar este hecho a través de una distinción (que hizo Tomás de Aquino) entre el *intellectus* y la *ratio*. El intelecto es el poder de intuición de la mente, la capacidad de captar la realidad directamente. La razón es el poder unir las cosas, viendo las conexiones, llegando a conclusiones mediante un silogismo. Tanto la mente masculina como la femenina tienen las dos cosas, el intelecto y la razón, pero la mente femenina es más intelectual y la masculina más racional. En muchas lenguas utilizamos el mismo verbo para describir la función de la mente y de la mano (*to grasp, saisir, capire, chwyci*). Normalmente la mano masculina es mayor, más fuerte, capaz de agarrar un objeto pesado, mientras que la femenina es más delicada, más pequeña, capaz de transmitir algo cuando se pone sobre el hombro de alguien en un gesto de comprensión y simpatía. Si ahora aplicamos esta observación al trabajo de los teólogos, que han intentado describir el misterio de la presencia de la gracia divina en el alma humana, vemos una diferencia notable entre los trabajos de hombres y mujeres. Tomás de Aquino es típicamente masculino en su trabajo, especifica claramente el funcionamiento de todas las facultades, hábitos, actos, en sus dimensiones naturales y sobrenaturales, con la precisión de un "ingeniero de la santidad". La larga descripción de las diversas emociones, de su adaptación en las virtudes naturales y teológicas, de la contribución de la razón, el intelecto, la voluntad, memoria, imaginación y, por supuesto, la gracia, puede ser en ocasiones enervante por su precisión. Si comparamos esto con la descripción de Santa Catalina de Siena o de Santa Faustina Kowalska, u otras mujeres místicas, vemos que hay un enfoque diferente. El enfoque femenino es menos racional, más intelectual, más descriptivo y poético. Su presentación no es tan precisa como la de Tomás de Aquino, pero es fascinante por su encanto. Tiene algo de las palabras de un amigo, que se sienta a nuestro lado, nos agarra por el codo y dice: "Mira". ¿Qué teología necesitamos, la teología racional de los hombres o la teología intelectual de las mujeres? ¡Necesitamos las dos! Ciertamente nosotros los hombres necesitamos los dos enfoques. Si dejamos de beneficiarnos del enfoque femenino, nuestra teología se vuelve rígida y seca, se vuelve demasiado conceptual y no invita a entrar en el Misterio. ¿Por qué hay tan pocos santos entre los tomistas?

Diane Jagdeo, O.P. (Trinidad y Tobago)

Hay con toda seguridad una conexión integral entre hacer teología y participar en la vida de comunidad. En efecto, no existe teología fuera de la comunidad de los fieles. Me siento privilegiada de formar parte de una comunidad de hermanas que tienen en común la vida y la fe. Nuestra reflexión diaria en común sobre el Evangelio y nuestro estudio semanal son dimensiones de nuestra vida en comunidad. Juntos en la pertenencia al ambiente rural, nos facilita la oportunidad estimulante y nos desafía a articular, a aprender y pensar de modo teológico. De esa manera, hacer Teología y vivir nuestro propio carisma son dos aspectos de la misma vida: ¡una verdadera vida dominicana! Aquí se nutre la "pasión por Dios y la compasión por la humanidad", y por todo lo creado. La vida y la misión están entrelazadas. Ahora comenzamos a soñar la posibilidad de que algunos de nosotros -hermanos, hermanas y laicos dominicos- puedan reunirse para promover la dimensión comunitaria de nuestra predicación. El sueño es formar una comunidad de predicación con una base contemplativa.

Sin duda la mujer teóloga es un don especial a la Iglesia. Nuestra contribución específica, tal como yo lo veo, es de ayudarnos a ganar un espacio dentro de la Iglesia, de modo que la participación verdadera e inclusiva haga que la Iglesia como comunión resulte un encuentro efectivo de liberación, elevación y salvación. ¡La voz y sabiduría de las mujeres debe resonar como trompeta que augura el tiempo de renacimiento de una Iglesia que ha sido demasiado clerical y distante, demasiado "ajena" y fría!

Julia Daniela Iskrova, O.P. (Eslovaquia)

Por la experiencia que tengo, debo reconocer que "hacer teología" es algo propio de la hermana dominica, para la que la primera obligación debe ser convertirse en predicadora de la Palabra para que todos podamos encontrar, conocer y dar a Cristo la respuesta apropiada, tomando posición clara: aceptándolo o rechazándolo.

Confieso que haber respondido «sí» me hace sentir más contenta y segura. Siento que puedo crecer, que puedo enriquecerme a mí misma y a los otros con el "material" que no es impreciso, es un "material" que ayuda a vivir los momentos gozosos y los tristes, que ayuda a acercarse siempre más a Cristo. El "material" que contiene la Palabra de Dios en las palabras de los hombres.

Conociendo y profundizando continuamente en la Palabra de Dios, el tiempo no puede ser considerado perdido, el camino elegido no puede ser considerado equivocado, sino que es un gradual acercamiento, día tras día, a la meta final que es Cristo, y un continuo reconocer que Él es antes de todo y que todo subsiste en Él (cf. Col 17).

Me siento contenta de que Santo Domingo haya incluido en su Orden el estudio como uno de los pilares de su espiritualidad. Estudiar no es fácil y es también una mortificación, una ascesis, pero, es fuente de alegría extraordinaria por la cual vale la pena afrontar cualquier sacrificio.

Por esto quisiera animar a todos los miembros jóvenes de la Orden Dominicana a estudiar la Palabra de Dios y a ponerla en práctica, porque solamente esto tiene valor en nuestra vida. Profundizar cada día más y más en el conocimiento de aquel Cristo que hemos elegido, que nos ha elegido, por el que hemos decidido ofrecer la vida. Si no hacemos esto, es inevitable que busquemos hacer otras cosas y llenar nuestro tiempo con aquello que el mundo nos ofrece, cosas que pueden parecer útiles e interesantes, pero que infelizmente son efímeras y transitorias.

Vale la pena estudiar la Palabra de Dios, no tanto por nosotros mismos, como nuestro alimento cotidiano, sino también y especialmente para compartirla con otras personas que entran en contacto con nosotros. ¡Ésta es nuestra vocación dominicana!

Liam Walsh, O.P. (Irlanda)

La teología es el ser humano agarrando la Palabra de Dios, amasándola y dándole forma en palabras e imágenes, horneándola en el fuego del pensamiento crítico para que pueda ser recibida por el pueblo de Dios como pan de vida. No puede ser expresada solamente por un grupo de la familia humana, corriendo el riesgo de resultar desequilibrada o de convertirse en instrumento de control mental que puede llevar a la desafección por parte de los que no forman parte de tal grupo. La teología necesita todo el ámbito de la experiencia humana: ser la voz de los pobres así como la de los ricos, la voz de las mujeres así como la de los hombres, la voz de los laicos así como la de los clérigos. Actualmente necesita incluir explícitamente voces femeninas. Aunque los hombres no sean enteramente incapaces de hablar en favor del lado femenino de nuestra humanidad, no tiene mucho sentido esperar que lo hagan todo por sí solos. La teología necesita a las mujeres para ser completamente teología. Necesita mujeres que dispongan de tiempo y espacio institucional para hacerlo adecuadamente y al más alto nivel. Domingo hizo que la práctica de la teología fuera parte integral de la vocación dominicana. No es sorprendente que las mujeres dominicas hayan entrado en este campo tan pronto como les fue posible: en realidad fueron las primeras que propiciaron el cambio. La llamada está todavía presente: la llamada a que todos los dominicos, hombres y mujeres, reciban una sólida base teológica en su formación; la llamada a que algunos de nosotros, tanto hombres como mujeres, tengan la oportunidad de convertirse en teólogos profesionales competentes.

María Teresa Murillo, O.P. (España)

Porque experimentaba que mis palabras no alcanzaban a expresar y responder a los interrogantes fundamentales, no sabía hablar de Dios (predicar) en las condiciones cambiantes de nuestro tiempo, de nuestros hermanos y a veces de mí misma, decidí estudiar teología. Pienso como Mary O'Driscoll O.P. que "si queremos predicar una palabra relevante a nuestros contemporáneos, necesitamos hacer de las situaciones

de vida una fuente de la teología". Tener una actitud reflexiva profunda hacia la vida, que nos ayude a cuestionar, a buscar, a aprender.

Percibo la vocación teológica en nuestro tiempo como una necesidad urgente; siempre lo ha sido, pero si cabe en nuestro tiempo lo es más. Esta vocación significa para mí vivir mi vida religiosa dominica con muchísima más coherencia y con muchísima más capacidad de reflexión profunda hacia la vida. Ello me ayuda a cuestionarme, a buscar, a aprender, a acoger, a entender, a sintonizar, a cambiar.. Para mí es muy importante porque me ayuda a ser lo que soy: mujer, creyente, dominica.

Nuestra Orden, se ha dicho desde los orígenes, ha sido fundada para la predicación. El diálogo con la increencia y la cultura laica es hoy una de las grandes urgencias de nuestro tiempo, pero ¿cómo dialogar sin conocer las ideologías que conforman la mentalidad y la cultura del mundo contemporáneo? ¿Cómo dialogar con la cultura a la vez que respetamos su autonomía? ¿Cómo hacer posible que nuestra predicación o palabra humana sea palabra salvadora de Dios? ¿Cómo hacer posible que nuestra predicación no sea retórica, sabiduría humana sin más y que acerque a nuestras vidas retazos de gracia, trascendencia y misericordia tan necesarias en nuestro mundo?

En palabras de Xavier Quinzá, "lo importante no es lo que aprendamos, sino cómo nos transforma lo que aprendemos. No querer aprender es querer quedarse como uno es, satisfecho de su ignorancia. Aprender es cambiar, enriquecerse, adquirir un nuevo ser".

Nuestra formación no puede estar al margen de nuestra vida si queremos predicar y evangelizar. No es posible evangelizar al margen de la realidad. El género humano se encuentra hoy en día, en una nueva época de su historia, en la cual los cambios radicales y profundos se extienden a toda la sociedad, sin excepción.

En esta realidad experimentamos que la lucha por la justicia se ha convertido en la piedra de toque y el criterio de verificación de toda predicación y evangelización. Esto hay que encarnarlo; sólo así hay una posibilidad de que cuando prediquemos, hablemos, etc., expresemos una palabra que pueda ser entendida por la gente de nuestro tiempo.

Es una tarea complicada y debemos hacerla conjuntamente; las comunidades deben estar implicadas, es el laboratorio de nuestra vida, allí elaboramos parte de nuestra existencia y así tiene que ser una tarea colectiva. Tarea que contrastamos con nuestras hermanas que nos aportan y esclarecen ideas. El trabajo conjunto en la Orden es otro reto a afrontar. La visión femenina y masculina sobre la vida conjugadas en la reflexión teológica será uno de los aportes más interesantes que podemos ofrecer a nuestro tiempo. Pues "la humanidad tiene dos alas, masculina y femenina; hasta que las dos alas no estén preparadas para el vuelo, la humanidad no levantará alas y volará".

Helen Frances Bergin, O.P. (Nueva Zelanda)

Como mujer que pertenece a una comunidad de Hermanas Dominicas, encuentro que mi teología se nutre profundamente en mi vivir y orar con otras mujeres. Las primeras experiencias de la vida religiosa, el salmodiar en común y los otros oficios corales me hacen tomar conciencia del Dios que me circunda en todas las estaciones y en cualquier estado de ánimo. Hoy nuestras reuniones regulares en torno a una mesa para reflexionar y orar juntas sobre el Evangelio del día me recuerdan los desafíos inmediatos de la Palabra de Dios en nuestra vida. Frecuentemente siento una llamada a escuchar de modo especial la llamada de Dios. Compartir con frecuencia la oración comunitaria nos lleva a conversaciones que implican profundamente nuestra vida de mujeres en comunidad. Nos recuerda también nuestra necesidad de orar con y por nuestro mundo. Es un tiempo que profundiza la reflexión teológica. Es un tiempo que, sin duda, nos enriquece.

